

La visión del Omnipotente

George Bell & Hugo Bouter

LA VISIÓN DEL OMNIPOTENTE

Estudio de las profecías de Balaam

Título original: *Die dich segnen, sind gesegnet*
Bibelstudien über die Segensprüche Bileams

Copyright © 2007 George Bell & Hugo Bouter
© Daniel-Verlag, Deutschland

© de esta edición, Textorigen, España
© por la traducción: David Sanz, 2018

Ilustración de cubierta: © AdobeStock
Diseño: www.textorigen.com

ISBN 978-0-244-11956-0

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Impreso por Lulu.com

«No ha notado iniquidad en Jacob ni ha visto perversidad en Israel. Jehová su Dios está con él y es aclamado como rey»

Números, cap. 23:21

1. HE AQUÍ UN PUEBLO QUE MORA APARTE

Balac, un rey pusilánime	15
Balaam, un «profeta»	16
La bendición viene de arriba	20
Un pueblo que mora aparte	22
Y no será contado entre las naciones	23
¿Quién contará el polvo de Jacob?	25
Muera yo la muerte de los rectos	26

2. NO HA NOTADO INIQUIDAD EN JACOB

Dios no es hombre para que mienta	29
No ha notado iniquidad en Jacob	31
Tenemos redención por Su sangre	33
Dios está a nuestro favor	36
Dios está con nosotros	38

3. ¡CUÁN HERMOSAS SON TUS TIENDAS, OH JACOB!

Los ojos iluminados del corazón	45
El Dios omnipotente	47
Orden y edificación	48
Plantados junto a las aguas	53

4. SALDRÁ ESTRELLA DE JACOB

Mirar hacia el futuro	59
La ciencia del Altísimo	62
Todo ojo le verá	64
La Estrella y el Cetro	65
Sucesos de los últimos tiempos	69
Conclusión: Jacob e Israel	73

APÉNDICE: BALAAM EN LA BIBLIA

Citas del Antiguo Testamento	77
Citas del Nuevo Testamento	80

PREFACIO

¿Quién era Balaam? Un adivino de Petor en Mesopotamia, que Balac, rey de Moab, contrató para maldecir al pueblo de Israel (Nm 22:5ss; Dt 23:5). Su nombre significa «devorador del pueblo». Cuando no consiguió maldecirlo, aconsejó a Balac corromper a los israelitas con un tipo de prostitución consagrada a los ídolos, un engaño que casi surtió efecto (vv 31, 16). Si no tuviéramos el Nuevo Testamento, que nos da tres referencias negativas sobre Balaam, habría pocas razones para creer esta afirmación. El apóstol Pedro nos advierte especialmente del camino de Balaam (2P 2:15); Judas, de la seducción o el error de Balaam, y Juan nos pone sobre aviso en cuanto a su doctrina (Ap 2:14).

Sorprende realmente que el Espíritu de Dios haya querido utilizar a este profeta con sed de dinero para pronunciar unas de las más bellas parábolas que registra la Biblia. Esto una muestra de la soberanía divina, que está por encima de las fuerzas del mal y también puede volver la maldición en bendición. Estas parábolas nos muestran el rostro, la visión del Omnipotente (cf Nm 24:4). Es la forma en que Dios ve a Su pueblo, Su gracia electiva y propósito eterno, mientras que nuestras inclinaciones son las de mirar lo que tenemos delante de los ojos. Por tanto, las bendiciones de Balaam enseñan que nadie está en disposición de inculpar, acusar y condenar a los escogidos de Dios. Si Él está a nuestro favor, ¿quién va a mostrarse en contra? Este principio se nos aplica como creyentes en un sentido aún más profundo que a Israel (Ro 8:31-39).

La primera bendición profética de estas parábolas discurre sobre el consejo soberano de Dios, en lo que al pueblo de Israel se refiere (Nm 23:7-10). Este pueblo vive separado, redimido y santificado, bendecido por Él mismo.

La segunda bendición profética hace énfasis en la inmutabilidad del consejo divino, que justifica al pueblo por gracia gratuita y lo conduce

hacia la victoria: «No ha notado iniquidad en Jacob ni ha visto perversidad en Israel» (Nm 23:21). ¿Cómo es esto posible? Porque Dios contempla siempre la obra redentora de Cristo, tanto en el antiguo como en el nuevo pacto. Sin embargo, el reino de la gracia no desvirtúa Su gobierno justo, como comprobó Israel después del pecado de Baal-Peor (Nm 25).

La tercera bendición describe en detalle el rostro, la visión del Omnipotente: la hermosura del pueblo de Dios como cultivo suyo. ¡Qué hermosas son las tiendas de Jacob, las moradas de Israel! Dios conducirá a Su pueblo hacia la victoria sobre todos los enemigos, y llevará el reino de Israel a una posición sublime. En los últimos días, esto será una realidad (Nm 24:3-9).

La cuarta parábola nos transporta hasta el fin de los tiempos, al regreso de Cristo (Nm 24:15-24). Él es la Estrella que saldrá de Jacob, el Cetro que se levantará en Israel y aplastará a todos los adversarios (no solo a Moab, Edom, Amalec, Asur y Roma). Su reino de paz sustituirá a todos los demás reinos.

El contenido de este libro está basado en unas conferencias de George Bell, un maestro inglés de la Biblia. He contribuido a editar a fondo el material, completando las partes que han sido necesarias. Esta es, por tanto, una co-producción. Quiera el Señor bendecirla.

Hugo Bouter
Gouda, otoño de 2018

1. HE AQUÍ UN PUEBLO QUE MORA APARTE

Números 23:7-10

Balac, un rey pusilánime

Las bendiciones proféticas de los patriarcas ocupan pasajes conocidos del Antiguo Testamento. El libro de Job menciona en dos ocasiones versículos en forma de alegorías (Job 27:1; 29:1). En los Salmos se compara una alegoría a un misterio que debe ser revelado, y por ende, difícil de entender sin la ayuda de otros proverbios (Sal 49:5). Lo mismo ocurre con otro tipo de mensajes del Señor en el Nuevo Testamento, las parábolas, que hablan de los secretos del

reino de los cielos. Los discípulos se esforzaban por comprenderlas, y Él trató de explicárselas.

Aquí vamos a hablar de las parábolas de Balaam, que utilizan una serie de figuras para describir la posición única que ocupa el pueblo de Dios. Hay cuatro bendiciones proféticas en los capítulos 23 y 24 de los Números, pero si contamos en la conclusión del capítulo 24 tres parábolas sueltas (vv 20-24), son siete.

Estas parábolas se dan en unas circunstancias especiales. Tenemos a un rey, Balac, totalmente indefenso ante la llegada de los israelitas. Pensaba que su numeroso ejército estaba preparando la invasión de su país, de la que nos ofrece vigorosos detalles: «Esta multitud lamará todo lo que hay a nuestro alrededor, como el buey lame la hierba del campo» (Nm 22:4). El rey de Moab era consciente de no estar a la altura de este ejército. Envió, pues, mensajeros a la tierra de sus compatriotas para pedir ayuda a Balaam, que vivía a unos 600 kilómetros en Mesopotamia.

Balaam, un «profeta»

El segundo personaje de esta historia es Balaam, un mago y adivino que fue llamado para

lanzar su desastrosa acusación al pueblo de Israel, a una gente con la que Balac se sentía acosado. Balaam es mencionado en ocho libros de la Biblia, cinco veces en el Antiguo Testamento y tres en el Nuevo Testamento. Por tanto, vale la pena estudiar lo que dicen de él (Nm 22-24; 31:8-16; Dt 23:4-5; Jos 13:22; 24:9-10; Neh 13:1-2 y Mi 6:5). Las citas del Nuevo Testamento se mencionan en el prefacio (ver también el apéndice).

Balaam era un médium, una persona involucrada con las fuerzas siniestras. Dada su reputación en este campo, Balac lo mandó llamar. Estaba convencido de sus habilidades: «Pues yo sé que el que tú bendigas será bendito, y el que tú maldigas será maldito» (Nm 22:6). Balaam era una persona que ocultaba una personalidad compleja. Sabía cómo fingir piedad ante Balac. Cuando ideó su diabólico plan, lidiaba con un poder superior al de los demonios: el poder del Señor Dios de Israel, el Altísimo y el Omnipotente. Se dio cuenta de que «contra Jacob no hay agüero, ni adivinación contra Israel». Balaam fue obligado cada vez a pronunciar la palabra que Dios ponía en su boca, y así la maldición se convirtió en una bendición (Nm 23:5-16; 24:1-2).

Balaam profetizó en contra de sus intereses. Cuando Pedro habla de los falsos profetas de los últimos tiempos, Balaam sirve de ejemplo disuasorio. Solo veía la recompensa del adivino, el premio de la injusticia. Amó el premio de la maldad a pesar de ser reprendido por su propia asna, una muda bestia de carga que, hablando con voz de hombre, refrenó la locura del profeta (Nm 22:7; 2P 2:15-16).

Balaam era un «profeta» extraño. En ninguna parte de la Biblia recibe un buen nombre. Resultó ser un falso profeta con una doctrina engañosa. Cuando fracasó la intención de Balaam de maldecir al pueblo, Balaam le enseñó cómo tender una trampa a los hijos de Israel. La doctrina de Balaam, con motivo de la cual Israel cayó en la idolatría y la fornicación, es duramente condenada en el último libro de la Biblia (Ap 2:14). Es la doctrina de la mezcla del bien y del mal, de los malos con los buenos, del pueblo de Dios con un mundo idólatra. Es la doctrina del sincretismo, que por desgracia se ha hecho un hueco en el cristianismo.

Es evidente que Balaam fue llevado por el afán de dinero. Tanto Pedro como Judas así lo demuestran. Esto siempre supone un gran peligro (pensad en otros casos conocidos, como

los de Giezi y Judas). Los falsos profetas de los últimos tiempos también sucumben a la seducción del salario de Balaam. Esto provoca la ruina, como Pablo dice a Timoteo, su hijo en la fe (1Ti 6:5-10). El servicio prestado a Dios nunca debería considerarse una fuente de ganancia.

Al principio Balaam no aceptó la petición de Balac y tuvo que renunciar de momento a su paga. El Señor se había aparecido de noche y le prohibió ir con los príncipes de Moab. Dios tenía otros pensamientos para Su pueblo, planes de amor y de bendición: «Entonces dijo a Balaam: no vayas con ellos ni maldigas al pueblo, porque bendito es» (Nm 22:12). Según parece, Balaam escuchó la voz de Dios. Ordenó a los príncipes de Moab que se marcharan y no los acompañó.

Balac no podía dejar que le hicieran el vacío con palabras vanas. Envió nuevamente a sus príncipes, más numerosos y respetados que los primeros, y subió considerablemente su oferta. Balaam comenzó a dudar y dejó que sus invitados se quedaran una noche, para ver si el Señor tenía algo que decirle. Está claro que el dinero le tenía hechizado. Cuando Dios vio que quería ir, se lo permitió con una condición: «... pero harás lo que yo te diga» (Nm 22:20).

La bendición viene de arriba

Es un asunto serio que haya personas tan motivadas por el dinero como para maldecir al pueblo de Dios. El camino de Balaam era erróneo y pecaminoso. Dios así se lo hizo entender cuando partía. El Ángel del Señor —una teofanía de Cristo antes de la encarnación— se puso como adversario en medio del paso (Nm 22ss). Balaam, sin embargo, no le vio ahí de pie con una espada desenvainada en la mano, pero el asna sí. Esta esquivó tres veces al ángel y tres veces Balaam la golpeó para poder continuar el camino. Al poco fue reprendido por su bestia de carga, que habló con voz humana. Dios le abrió los ojos a Balaam para que viera que había puesto en riesgo su vida. El Ángel del Señor le inculcó una vez más que solo le permitiría decir lo que él le dijese.

Pensara Balac que esta vez tenía a Balaam donde le quería, pero este pronto le previno de que no podía decir nada si no era la palabra que Dios ponía en su boca (vv 22,38). Balac debió sentirse escandalizado cuando le oyó profetizar al día siguiente: «Desde Aram me ha traído Balac, rey de Moab, desde los montes del oriente: ven y maldíceme a Jacob; ven y condena a Is-

rael. ¿Cómo maldeciré a quien Dios no ha maldecido? ¿Cómo condenaré a quien el Señor no ha condenado?» (Nm 23:7-8).

En la cima de la montaña de Moab, miraron en dirección al pueblo de Israel, que estaba en territorio moabita: «De la cumbre de las peñas lo veo, y desde los collados lo observo» (v 9). Parece evidente que desde esta posición, al límite de las fronteras de Moab, controlaban todo el campamento. La cumbre de las peñas era un lugar apropiado para contemplar al pueblo israelita. Esto significa que los vieron a través del ojo de Dios, desde arriba, no desde abajo. Los pensamientos y las opiniones humanas no son perdurables, en cambio las peñas altas nos hablan de la inmutabilidad del propósito divino.

Hace unos años pasamos las vacaciones en el condado de Devon. Como la mayoría, visitamos el parque nacional de Dartmoor, un extenso páramo rodeado de colinas graníticas conocidas como *tors* (torres de roca). Subimos a un pedazo de roca del Haytor y pudimos comprobar lo firme y estable que era. Esta es una de las lecciones que aprendemos de las peñas. Balaam dijo: «Desde los collados lo observo». Las al-

turas ofrecen una visión clara y un aire limpio. En lo alto de las montañas comprendemos los planes de la gracia de Dios para Su pueblo. Así pues, decimos como David: «¡Cuán preciosos son, oh Dios, tus pensamientos! ¡Cuán grande es la suma de ellos!» (Sal 139:17).

Es importante que veamos a nuestros compañeros creyentes como Dios los ve. Pensemos en ello. ¿Cómo ve a sus hijos? Los ve *en Cristo* (una expresión típica de las epístolas de Pablo). El apóstol dice que Dios nos ha elegido antes de la fundación del mundo. Es fácil criticarnos unos a otros; sin embargo, por gracia divina hemos sido llevados a una posición en la que nos perdona y aprueba el Amado (Ef 1:6). Cuando miramos a nuestros hermanos y hermanas de este modo, los vemos «desde la cumbre de las peñas», de acuerdo con el propósito eterno de Dios reafirmado en el Señor Jesús.

Un pueblo que mora aparte

Era imposible para Balaam maldecir al pueblo de Dios. Él había puesto Su palabra en la boca del profeta. La bendición profética consistía en cuatro porciones cortas. No eran mensajes largos, sino reveladores.

El primero es que las personas de este pueblo viven separadas. Hace referencia a la posición de Israel como pueblo divino. Dios lo había hecho santo, de Su propiedad (cf Ex 19:5-6).

Puede que nos sorprenda que estos términos del Nuevo Testamento se nos apliquen como cristianos. Tanto Pablo como Pedro citan el capítulo 19 de Éxodo (Tit 2:14; 1P 2:9). También somos un pueblo reservado para Dios. Israel tenía que ser una nación santa, y esto es igual de válido para los creyentes neotestamentarios. El Nuevo Testamento habla mucho sobre nuestra santificación (cf 2Co 6:14-18).

Y no será contado entre las naciones

Este divino plan de poseer un pueblo, retrocede en el tiempo después del Diluvio y la Torre de Babel, cuando las naciones fueron esparcidas sobre la faz de la Tierra. Todo comenzó con el llamamiento de Abram de la idólatra Ur de los caldeos. Dios le prometió a él y a su descendencia la tierra de Canaán. Abram entonces no poseía nada, solo una tienda y un altar, desde donde invocaba el nombre del Señor. Abraham, el padre de los fieles, es también un gran ejemplo para nosotros.

De igual modo que él fue llamado a salir de Ur con objeto de servir al Dios vivo, sus descendientes fueron llamados a abandonar Egipto para formar el futuro pueblo de Dios: «De Egipto llamé a mi hijo» (Os 11,1). Tenían que permanecer separados de los demás pueblos que servían a los ídolos, lo que iba relacionado con todo tipo de prácticas abominables. Israel debía ser testigo del único Dios verdadero, servirle solo a Él y glorificarle. Por desgracia, fracasaron estrepitosamente y cayeron en la idolatría. El resultado fue su deportación a Babilonia y el cautiverio en ese país.

Pero ¿qué hay de los que pertenecemos a la Iglesia del Dios vivo? Él sigue llamando a gente de muchas partes del mundo, como en tiempos de Abraham. La iglesia (*ekklesia*) es un pueblo formado de gente «llamada fuera» (Mt 16:18). Fuimos llamados de Israel y de las naciones para juntos formar un pueblo para Su nombre (Hch 15:14; 26:17-18).

Esto no significa que tengamos que vivir como ermitaños, aunque estemos todavía en el mundo y no seamos de él (cf Jn 17:14). Tenemos una misión, el deber de dar testimonio de Cristo. Antes de que el Señor volviera al Padre, dio a sus discípulos la gran comisión: «Id por

todo el mundo y proclamad el evangelio a toda criatura» (Mr 16:15). El mundo del deseo y el placer no debería tener ningún aliciente para el cristiano, pero en cambio hay un mundo humano que necesita el evangelio.

¿Quién contará el polvo de Jacob?

La tercera parte de la bendición tiene forma de pregunta: «¿Quién puede contar el polvo de Jacob, o numerar la cuarta parte de Israel?» (Nm 23:10). Cuando Dios se compromete a bendecir, lo hace en abundancia. El pueblo de Israel iba a expandirse con fuerza. Lo sabemos por el Génesis. Abraham recibió la promesa de que sus descendientes serían muy numerosos, como las estrellas del cielo y la arena en la orilla del mar (Gn 22:17). Aquí, en los Números, se utiliza la otra imagen, la del polvo (cf Gn 28:14). La idea es transmitir una cantidad inmensamente grande.

En el Nuevo Testamento vemos cosas similares. En Apocalipsis 7 están los sellados de Israel y la miríada que nadie podía contar «de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas», delante del trono y del Cordero (Ap 7:9). Esta cantidad, que es innumerable, será el fruto del

testimonio de la predicación judía durante los tiempos del fin.

El Señor Jesús contó una parábola sobre alguien que hizo un gran banquete e invitó a mucha gente (Lc 14:17). Dicha persona mandó decir a su criado: «Venid, todo está listo». Pero los invitados no quisieron ir y comenzaron a dar excusas. La invitación llegó a otros; todavía había sitio. Tenía que llenarse la casa, así que el Señor ordenó a su siervo: «Sal a los caminos y los vallados, y fuérzalos a entrar para que se llene mi casa» (Lc 14:23). Lo mismo ocurre con la invitación del evangelio. Todos pueden acudir, tanto judíos como gentiles. La casa de Dios ha de llenarse de los hijos perdidos de los hombres, de una multitud. ¡Todo está listo! Ha terminado el banquete, se ha cumplido la obra de la reconciliación, hay lugar para todos los que creen.

Muera yo la muerte de los rectos

Balaam terminó su parábola con una expresión solemne: «Muera yo la muerte de los rectos, y sea mi fin como el suyo» (Nm 23:10). Pero para morir la muerte de los rectos —de los justos, como dice otra traducción— hay

que saber vivir como un hombre justo. Lamentablemente, Balaam no estaba dispuesto a hacerlo porque amaba el premio de la injusticia. Pereció junto con los enemigos del pueblo de Dios (Nm 31:8).

«Los rectos» («los justos») es un apelativo del pueblo de Dios. La razón de ello es el perdón de los pecados y la justificación sobre la base de la fe (Sal 32:1-2; Jn 1:47; Ro 4:5-8). Un término relacionado es *Jesurún* (el justo), un nombre honorífico de Israel que contrasta con el antiguo nombre de Jacob: «Candelero», «Engañador» (Dt 32:15; 33:5-26; Is 44:2).

Nuestro deber como cristianos es caminar asimismo en rectitud, ser irreprochables e íntegros hijos de Dios, de buena reputación en medio de una generación mala y perversa (Fil 2:15). Así es como podremos disfrutar de las bendiciones divinas mientras esperamos su pleno cumplimiento en la eternidad.

2. NO HA NOTADO INIQUIDAD EN JACOB

Números 23:18-24

Dios no es hombre para que mienta

Balac sintió muchísimo que sus planes no salieran bien por el momento. Vimos que había enviado a Balaam a los ejércitos de Israel —a los que tanto temía— para maldecirlos. Pero Balaam lo hizo exactamente al revés: no pudo maldecirlos, y al contrario sí los bendijo. La fe de Balac en el famoso adivino debió tambalear bastante: «¿Qué me has hecho? Te tomé para maldecir a mis enemigos, pero mira, ¡los has llenado de bendiciones!» (Nm 23:11).

A pesar de su decepción, Balac volvió a intentar maldecir a Israel, que quedaran al menos marcados. Llevó a Balaam a otro lugar, desde el cual obtendría una panorámica del pueblo de Dios algo más limitada y no iba a poder verlos totalmente. Quizá Balac pensó que Balaam había quedado demasiado impresionado por el número de los israelitas, y le repitió su misión: «... desde allí me los maldecirás» (Nm 23:13). ¿Acaso pensaba que marcaría la diferencia si elegían una ubicación distinta? ¡Qué poco sabían estos hombres acerca de los planes y pensamientos de Dios para Su pueblo! Pero pronto lo entenderían.

La segunda parábola deja claro cuál era el propósito de Dios. Con Él no hay mudanza ni sombra de variación. Es fiel a Sus promesas. Escuchemos las palabras de Balaam: «Dios no es hombre para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. Él dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará? He aquí, he recibido orden de bendecir; él dio bendición y no podré revocarla» (Nm 23:19). ¡Qué sorprendente escuchar esto de boca de un falso profeta!

Identifiquémonos con el significado de estas palabras. Dios es fiel a la suya. Habrá circunstancias que nos pondrán muchas veces entre la

espada y la pared y sacudirán nuestra fe, pero no debemos olvidar que Jesucristo es el mismo ayer, hoy y eternamente (He 13:8). Él hará lo que promete. Desde luego, está el problema de nuestra infidelidad y fracaso, pero al fin y al cabo no resta valor a los planes y pensamientos divinos. Cuando Pablo escribe sobre el endurecimiento e infidelidad de Israel, afirma que los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables (Ro 11:29). Dios es fiel, Sus planes no fracasan, y esto también cuenta para nosotros como cristianos. Los dichos de Balaam, sobre que Dios no puede mentir, se hacen eco en el Nuevo Testamento. Leemos en la Epístola a Tito sobre la esperanza de la vida eterna, la cual «Dios, que no miente, prometió desde antes de los tiempos eternos» (Tit 1:2). Confíemos en Su palabra.

No ha notado iniquidad en Jacob

En el capítulo 1 vimos que el pueblo de Dios es santo y separado. Es el objeto del amor del corazón de Dios y le pertenece. Recordemos el versículo «... un pueblo que mora aparte» (Nm 23:9). Está reservado para Dios y en principio es santificado para Él.

La segunda parábola saca a relucir otra verdad, la de la justificación: «No ha notado iniquidad en Jacob ni ha visto perversidad en Israel» (Nm 23:21). Si lo traducimos en términos del Nuevo Testamento, se trata de una absolución divina, de la justificación, no por las obras sino por la gracia gratuita y la fe (cf Ro 3 y 4).

De lo contrario, estas palabras serían difíciles de entender. El pueblo puso repetidamente a prueba la paciencia de Dios en el desierto. No cesaron en su pecado y se rebelaron. Tampoco fueron preservados de la desgracia ni el daño, de los problemas ni el sufrimiento. El mero hecho de que llevara un espacio de 40 años para cruzar el desierto lo dice todo; por su incredulidad. En realidad, fue gracias a Moisés, al invocar la bondad soberana y la gracia divina, que se salvaron de la destrucción. La Epístola a los Hebreos dice que Dios estuvo enojado con ellos durante esos cuarenta años, con aquellas personas que pecaron y cuyos cuerpos yacieron después en el desierto (He 3:17). A partir de ese momento, una nueva generación joven acampó en Moab, dispuesta a entrar en la tierra de Canaán. Solo a dos hombres, de cuantos superaban la veintena durante el éxodo egipcio, se les permitió entrar en la tierra: Josué y Caleb.

¿Cómo es posible que Dios no vea injusticia en Jacob? Porque tenía presente la obra de Cristo, y a ellos los contemplaba en gracia. El pueblo no solo fue santificado a ojos de Dios, sino justificado; no podía haber sido más perfecto. Lo mismo sucede con nosotros. Él nos ve en Cristo, vestidos con Su justicia y perfección. El significado completo de «justificar» lo tenemos en el Nuevo Testamento. La justificación se basa en la muerte y en la resurrección de Cristo, según dice la Epístola a los Romanos (Ro 3:25; 4:25). Está en el corazón de la fe cristiana.

Tenemos redención por Su sangre

Sería conveniente señalar en este contexto otras experiencias de Israel en su recorrido por el desierto, para ver, como cristianos, un ejemplo del valor de la obra de Cristo:

1. La sangre del cordero de la Pascua.
2. El paso por el Mar Rojo.
3. La serpiente de bronce.

La Pascua fue instituida justo en el momento antes de salir de Egipto (Ex 12). Allí los israe-

litas habían permanecido esclavizados muchos años. Su situación era desesperada. Faraón era un duro amo y no parecía probable que fuese a darles la libertad. Pero llegó el momento en que Dios escuchó la queja del pueblo. Envió a Moisés y a Aarón con un mensaje para el faraón: «Deja ir a mi pueblo» (Ex 5:1). No fue nada fácil pedirselo y el faraón aumentó la presión sobre el pueblo. Llegaron las plagas, y una vez tras otra se negó a soltar a la gente. Finalmente llegó la décima plaga, la muerte del primogénito, y se produjo un fuerte lamento en la tierra de los egipcios. Murieron todos los primogénitos, desde el mayor al más pequeño, «desde el primogénito de Faraón que se sentaba sobre su trono, hasta el primogénito del cautivo que estaba en la cárcel, y todo primogénito de los animales. Y se levantó aquella noche Faraón, él y todos sus siervos y todos los egipcios; y hubo un gran clamor en Egipto porque no había casa donde no hubiese un muerto» (Ex 12:29-30).

Los primogénitos de los hijos de Israel, sin embargo, permanecieron seguros con la sangre del cordero de la Pascua, que había sido pintada en los postes y los dinteles de sus casas. La sangre del Cordero los protegió del juicio: «Veré la sangre y pasaré de largo» (Ex 12:13).

Esto sentó las bases para el éxodo e inauguró un nuevo capítulo en la historia nacional de Israel. Como cristianos, sabemos que estamos redimidos por la sangre del verdadero Cordero pascual: Cristo (1Co 5:7). Tenemos la salvación por Su sangre y el perdón de los pecados (Ef 1:7).

El paso por el mar con Moisés como guía separó definitivamente a los israelitas del poder del faraón. Este ejemplo habla de que fuimos bautizados en la muerte de Cristo (Ro 6:3-4; 1Co 10:2). Morimos y fuimos sepultados con Él. De esta manera, somos redimidos del presente mundo malo y llevados bajo el dominio del Señor resucitado (Ga 1:4). En el «desierto» aprendemos a conocer mejor a Dios, pero también —a través de la experiencia— quiénes somos en realidad. Nada bueno vive en nuestra carne (Ro 7:18). La salvación del poder del pecado no está a nuestro alcance, se halla en otra parte, en la obra que Dios ha realizado en Cristo, motivo por el cual alabamos Su nombre (Ro 7:24-25).

Esto nos lleva a la historia de la serpiente de bronce, en la que volvemos a ver una figura de la cruz de Cristo (cf Jn 3:14-16). A pesar de toda la evidencia del fiel cuidado de Dios,

el pueblo seguía rebelándose contra Él. Los israelitas no estaban satisfechos con el maná y se quejaban de la falta de pan y de agua. Por eso el Señor envió serpientes ardientes que los mordieran, y muchos murieron. ¿Dónde estaba la cura? Moisés tuvo que fabricar la imagen de una serpiente de bronce refulgente y ponerla en un poste, «y cuando alguna serpiente mordía a alguno, miraba a la serpiente de bronce y vivía» (Nm 21:9). Hay una solución al problema del pecado, al picotazo de la serpiente. Al mirar hacia la cruz, al Cristo ahí clavado, todavía hay vida y salvación para el que cree.

Dios está a nuestro favor

Como creyentes, sabemos que el pecado en la carne es condenado en la muerte de Cristo. Aprendemos a ser agradecidos por la gran salvación que Dios trajo a la luz por la obra de Su Hijo: «Doy gracias a Dios por medio de Jesucristo, nuestro Señor» (Ro 7:25). Oímos el regocijo de la liberación: «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Ro 8:1). Al creer en Él, somos liberados del poder del pecado y de la muerte. A partir de este punto comienza la vida de Romanos 8, la

vida por el Espíritu. Vivimos nuestras vidas por el poder espiritual que mora en nosotros. Él es nuestra guía y nos hace vencedores en la lucha terrenal. El paralelismo con el libro de los Números es evidente. Después de la historia de la serpiente de bronce, Israel no dejó de obtener nuevas victorias.

El capítulo 8 de Romanos termina con la seguridad que proporciona la fe: «Si Dios está por nosotros, ¿quién estará contra nosotros?» (v 31). Esto nos lleva de vuelta a las bendiciones proféticas de Balaam. Este adivino era completamente incapaz de lanzar una acusación contra el pueblo, al que Dios ordenó que bendijera. No hubo magia contra Jacob ni adivinación contra Israel. Así, tenemos la feliz seguridad, como creyentes, de que las fuerzas del mal no pueden tocarnos en los lugares celestiales. ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? No hay maldición que pueda alcanzarnos. Dios mismo está a nuestro favor. Él es el juez que absuelve a Sus hijos de todos los cargos, y el Cristo resucitado es nuestro abogado en la diestra paterna, el que intercede por nosotros de noche y día. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? La conclusión es que no hay un solo poder en el cielo o en la tierra capaz de hacerlo. Nada ni

nadie puede separarnos del amor de Dios que está en Cristo Jesús, nuestro Señor. Somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó (Ro 8:37).

Por este motivo, no se trata de nosotros, sino de que todo gira en torno a lo que Dios está haciendo por Su pueblo. ¿Qué significa Él para nosotros? Balaam lo expresó de esta manera: «A su tiempo se le dirá a Jacob y a Israel: ¡ved lo que ha hecho Dios!» (Nm 23:23). Él ha hecho grandes cosas. Somos Su obra, creados en Cristo Jesús y salvos por gracia. Su obra es la gran salvación que ha logrado en Cristo. Estemos seguros de ello, porque es lo que nos dará fuerzas para la lucha (cf en Nm 23:24 la figura del león victorioso).

Dios está con nosotros

Dios también está con nosotros y vive entre Su pueblo redimido. He aquí un tema importante de las Escrituras (cf Ap 21:3). Vivir con Él es el resultado de la salvación. Balaam lo refiere aquí al éxodo. Después de la migración, Dios quiso vivir con Su pueblo. Para ello utilizó un tabernáculo, Su tienda en el desierto. La mayoría de los lectores ya saben qué es. El

tabernáculo era un santuario transportable. La estructura consistía en unas tablas de madera de acacia y un techo formado por cuatro carpas de diferente tamaño. La primera, que solo podía verse desde el interior del santuario, formaba la vivienda de la tienda (Ex 26:1,6). Todo tenía que hacerse según el plano que Dios trazó para Moisés en el monte Sinaí. Su mandato al pueblo era: «Y harán un santuario para mí y habitaré en medio de ellos» (Ex 25:8). Debían proveer todo el material de manera voluntaria.

El tema de que Dios vive con nosotros también sale en la segunda bendición. Balaam dio el siguiente testimonio acerca de Israel: «Jehová su Dios está con él, y es aclamado como rey» (Nm 23:21b). El Dios que había redimido a Israel de la esclavitud egipcia estaba en medio de ellos. Esto se expresa de forma sorprendente, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, con el nombre *Emanuel*: «Dios con nosotros» (Is 7:14; 8:8; Mt 1:23).

Dios se ha propuesto siempre habitar con las personas hasta el día de hoy. La iglesia es ahora Su morada, la morada divina en el Espíritu (Ef 2:22). Fue formada en el día de Pentecostés gracias al derramamiento del Espíritu Santo (Hch 2). Todos los verdaderos creyentes per-

tenecen a la iglesia de Dios. Pedro cita el ejemplo de un edificio hecho de piedras vivas, una casa espiritual. Juntos formamos un sacerdocio santo para ofrecer sacrificios espirituales que, a través de Jesucristo, agraden a Dios (1P 2:4-5).

El tabernáculo tenía una señal visible: la nube de la presencia divina descansando sobre los querubines del santuario. Durante el día la nube adoptaba la forma de una columna, y de noche era un fuego situado encima del tabernáculo. De esta manera guio Dios al pueblo durante todo su periplo (Ex 40:34-38, Nm 10:11-13). La nube ofrecía refugio y dirección, e iluminaba la noche. Dios les dio su buen Espíritu para enseñarles lo que durase el trayecto (Neh 9:19-21). Por eso es tan importante no entristecer al Espíritu Santo ni negarle. Un Dios Santo solo puede vivir en medio de un pueblo santo. El Nuevo Testamento contiene numerosos llamamientos a la santidad de la doctrina y de la vida. La doctrina de la piedad debe ser mantenida (cf 1Ti 6:3ss). La santidad es el eterno ornamento de la casa de Dios (Sal 93:5).

La segunda señal de la presencia divina eran los «vítores de un rey» (literalmente, *jubileos del rey*). Son una clara referencia a los sonidos emitidos por las trompetas que el pueblo

tenía que hacer sonar en varias ocasiones, según el capítulo 10 de Números. Las fiestas de Israel (las fiestas de Jehová) eran anunciadas con el sonido de la trompeta. Un pueblo feliz era aquel que conocía el jubileo y escuchaba su alegre son (Sal 89:16). Manifestaba asimismo la voluntad de obedecer la Palabra de Dios. Cuando las llamadas del jubileo por el Rey suenan a nuestro alrededor, debemos comportarnos como es digno de Él. Formamos, como creyentes, un sacerdocio real para proclamar las obras maravillosas del que nos sacó de la oscuridad para llevarnos a Su luz admirable (1P 2:9). Aquí tenemos nuestro testimonio al mundo. Es posible que estas palabras proféticas sobre el Rey tengan también un significado futuro.

El conocimiento de la presencia de Dios suministra fuerzas para la batalla, como seguimos viendo en esta bendición profética: «Los ha sacado de Egipto y tiene fuerzas como de búfalo» (Nm 23:22). El hecho está en que ningún enemigo puede desafiar al pueblo de Dios. A lo largo del Antiguo Testamento, vemos referencias a este éxodo. Ese día memorable no debía ser olvidado. Los profetas suelen hablar de él para animar al pueblo a advertir la pre-

sencia del Salvador. Incluso vemos en el Nuevo Testamento, en los Hechos de los Apóstoles, a Esteban recordándole el éxodo a su audiencia judía (Hch 7:36).

Y nosotros, ¿sabemos cuál fue el día de nuestra salvación? ¿Nos acordamos de que buscamos un refugio en la sangre del Cordero? Esto marcó un nuevo principio en nuestras vidas. La última victoria ha sido asegurada para nosotros, tanto a Israel como a los cristianos: «Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo» (1Co 15:57, cf Nm 23:23-24).

Balaam concluyó, por tanto, que no había agüero contra Jacob ni adivinación contra Israel. El plan de Balac no tuvo éxito. Dios había mostrado Su favor al pueblo. ¿Quién podía hacerle frente? Aun así, Balac no quería aceptarlo. No se rindió y lanzó otra sugerencia: «Te ruego que vengas, te llevaré a otro lugar; por ventura parecerá bien a Dios que desde allí me lo maldigas» (Nm 23:27). En el siguiente capítulo veremos el resultado que obtuvo. Balaam tenía que ofrecerle una adivinación para poder salir del paso. Tal vez contase aún con su recompensa y por eso no quería dejar de trabajar para él.

No olvidemos el punto más importante de esta segunda bendición profética: Israel era un pueblo justificado, y esto también cuenta para nosotros. Estamos justificados por la gracia de Dios y la salvación que hay en Cristo Jesús (Ro 3,24). Dios es generoso y está lleno de misericordia. Nos dio a Su hijo y derramó Su espíritu en nuestros corazones para darnos la vida eterna. ¿No va a darnos también todas las cosas con Cristo?

3. ¡CUÁN HERMOSAS SON TUS TIENDAS, OH JACOB!

Números 24:3-9

Los ojos iluminados del corazón

Esta vez Balaam no se dejó guiar por los malos espíritus como antes. Dos veces intervino el Señor para poner palabra en su boca, y ninguna maldición, sino bendición (Nm 23:5-16). El deseo de Balac de maldecir a Israel era diametralmente opuesto a la voluntad divina, que estaba dando bendición en medio de ellos. El vidente entendió esta vez que era bueno a los ojos del Señor bendecir a Israel y volvió su rostro hacia el desierto, donde vio al pueblo acampado por

tribus, y se convirtió en un instrumento voluntario en las manos de Dios.

Puede que nos asombre leer que el Espíritu divino llegó sobre él. Sin embargo, esto era algo que solía suceder en función de alguna tarea especial que generalmente duraba un breve tiempo (Sansón, Saúl, David...). Solo el Nuevo Testamento nos habla de la permanencia del Espíritu en el creyente, como resultado de la obra consumada de Cristo y Su glorificación en el cielo (Jn 7:39; 14:15). Para Balaam fue nueva la experiencia de que el Espíritu de Dios lo poseyera, al menos durante un tiempo, y describió cuáles fueron para él los rasgos esenciales de esta posesión:

- Fue «un varón de ojos abiertos», «el hombre de ojos puros (perfectos)».
- Escuchó las palabras (parábolas) de Dios.
- Vio el rostro (la visión) del Omnipotente (*Schaddai*)
- Cayó al suelo en éxtasis.
- Sus ojos fueron abiertos, es decir, recibieron la luz de una revelación.

Estas fueron sus aptitudes como vidente (Nm 24:3-4). Balaam vio las cosas como Dios

las veía. No tenía otra opción, porque el Espíritu de Dios estaba sobre él. De esta manera, entendió Sus maravillosos planes hacia el pueblo escogido. Era la visión que el Omnipotente le envió; su origen. También escuchó las palabras de Dios, que eran divinas.

Apliquémonos como creyentes estos tremendos privilegios. Dios nos ha dado Su espíritu y ha iluminado los ojos de nuestro corazón. En la Epístola a los Efesios, sabemos cómo mira Él a Su pueblo y cuál es Su propósito eterno, los planes de gracia que tiene para Sus hijos. Hemos escuchado Sus palabras inspiradas y llenas de vida eterna. Pero eso conlleva una responsabilidad. Digamos, pues, como el poeta salmista: «Abre mis ojos y miraré las maravillas de tu ley» (Sal 119:18).

El Dios omnipotente

Cada parte de esta parábola está llena de significado. Por primera vez en estos capítulos se habla del Dios omnipotente, cuyo nombre conocemos por lo que nos relatan los patriarcas: «Y siendo Abram de edad de noventa y nueve años, se le apareció Jehová y le dijo: yo soy el Dios todopoderoso; anda delante de mí y sé

perfecto. Y pondré mi pacto entre mí y ti, y te multiplicaré en gran manera» (Gn 17:1).

Mucho antes le había prometido una numerosa descendencia, pero su matrimonio con Sarai no había dado ningún fruto. Humanamente hablando, no había esperanza alguna de que tuvieran hijos. Pero Abraham no fue incrédulo y no dudó de la promesa divina, sino que su fe se fortaleció y le dio gloria a Dios (Ro 4:20). Al final nació Isaac, el hijo de la promesa, cuando él tenía cien años y Sara noventa. ¿Había para Dios algo difícil?

El Omnipotente es el Dios que dispone de todos los medios y suministra a los suyos todo lo necesario. Estaba del lado del pueblo de Israel, por eso era imposible maldecirlos. Este Dios es también el nuestro. El verdadero Isaac ha venido, y en Él, el Señor resucitado, todas las promesas son Sí y Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios (2Co 1:20).

Orden y edificación

Todos los esfuerzos humanos por mejorar el mundo y lograr un cierto orden y estabilidad resultan vanos. Sea como fuere la manera de abordar los problemas, el caos no desaparece.

La unidad y el orden son dos cosas que van emparejadas, pero muy difíciles de llevar a cabo. Es la misma imagen que tenemos de la cristianidad: en todas partes hay desorden, y desde luego no existe unidad en la práctica.

La primera epístola de Pablo a los corintios nos ayuda a comprender esto. Trata del orden en la iglesia; dice el apóstol: «Porque Dios no es Dios de confusión, sino de paz» (1Co 14:33). La paz, el orden y la unidad guardan una correspondencia. Es agradable ver una situación de unidad y orden en el pueblo de Dios.

Tales rasgos atractivos los encontramos en la tercera bendición profética de Balaam: «¡Cuán hermosas son tus tiendas, oh Jacob, tus habitaciones, oh Israel!» (Nm 24:5). Esta expresión suele aparecer en relación con el santuario y la convivencia de los hermanos, quienes a su vez viven cerca de Dios (Sal 84:2; 133:1). Y mantiene su validez en la actualidad. ¡Qué bella es la unidad de los hijos de Dios, y hermosa la comunión a Sus ojos!

Aunque eran tal vez dos millones de personas las que vivían en esa gran porción de terreno, la disposición de cada tienda en el campamento fue trazada por Dios. Todas las tribus tenían un lugar asignado, según leemos en Números

caps. 2 y 3. Balaam debió llevarse una gran impresión viendo el orden y la estructura del campamento israelita. Al tiempo, transmitía la sensación de que las carpas estaban colocadas siguiendo este orden. Con tanta gente era necesario establecer una disciplina.

Como bien es sabido, había doce tribus cuyos antepasados eran los hijos de Jacob. Por otro lado, no había ninguna que llevara el nombre de José. Su papel fue relevado por sus dos hijos, Efraín y Manasés. Jacob los adoptó al final de su vida y se convirtieron en tribus independientes (cf Gn 48:5). La tribu de Leví ocupó un lugar reservado para el servicio del Señor, y la familia sacerdotal —los hijos de Aarón— asumieron la principal responsabilidad.

Todo en Israel se comunicaba con el centro del campamento: el tabernáculo donde Dios moraba. Las doce tribus contadas por sus ejércitos se agrupaban alrededor (Nm 1:3). La bandera de tres tribus ondeaba en el este, por donde salía el sol. El príncipe de Judá era su líder, y esta sección tenía que marchar la primera en formación. La siguiente bandera se levantaba al sur, en el campamento de Rubén, Simeón y Gad. La de Efraín, Manasés y Benjamín ondeaba al oeste, y Dan, Aser y Neftalí

en el norte. Estas tribus habían de marchar las últimas. Acampaban a cierta distancia alrededor del tabernáculo de reunión y mantenían la vigilancia en todo el campamento.

La ubicación de los levitas estaba en el límite periférico del tabernáculo. Leví tenía tres hijos: Gerson, Coat y Merarí. El trabajo relacionado con el santuario era distribuido entre ellos. Los gersonitas acampaban detrás del tabernáculo, en el lado occidental. Eran los encargados de transportar la techumbre de la tienda, las cubiertas inferiores, sus cortinajes y las cortinas de la entrada del atrio. Los coatitas acampaban al sur. Ellos se encargaban de llevar los objetos sagrados, como el arca, la mesa, el candelabro, los altares y los utensilios para el servicio, además del velo del santuario. Los meraritas estaban acampados hacia el norte. Transportaban los tablones, las barras, las columnas y los basamentos. Los levitas eran también quienes se encargaban de montar y desmontar el tabernáculo. A las personas no autorizadas nunca se les permitía acercarse al santuario.

La distribución de estas tareas es una lección para nosotros. Todos los levitas hacían su trabajo y no mostraban envidia de los demás. El que trasladaba las estacas y las cuerdas de la

tienda no necesitaba mirar mal a un coatita que transportaba un objeto de oro. Las estacas del tabernáculo eran imprescindibles para montar la estructura, de lo contrario se habría venido abajo. Dios encomendó una tarea a cada levita, y eso era lo único que importaba. Por este motivo, vemos en la primera epístola a los corintios que Él ha asignado el lugar que quiere a cada miembro del cuerpo de Cristo (1Co 12:12). No podemos ser envidiosos y decir al de al lado que no le necesitamos. Todos los miembros son indispensables para la edificación del cuerpo, y cada creyente hace su especial tarea.

Uno de los problemas actuales es que en muchos sitios solo una persona se responsabiliza del servicio, pero el pensamiento de Dios es otro. Algún servicio habrá que pueda desempeñarlo un único miembro; sin embargo, hay muchos dones en la iglesia. Preguntémonos si estamos llevando a cabo nuestra labor como Él quiere. Tampoco debemos olvidar lo que dice 1Co 13, el capítulo del amor. El amor es la razón más poderosa para realizar un servicio, el aceite que hace que todo funcione sin problemas. Si no, todo se para. El amor es paciente, amable y no tiene envidia. No busca su interés, no se amarga ni piensa en el mal de los demás.

Todo lo cubre, todo lo espera y todo lo soporta (1Co 13:4-5, 7). La fe, la esperanza y el amor son lo que necesitamos, pero el mayor de todos es el amor. Supongo que estarás de acuerdo.

Plantados junto a las aguas

Volvamos a la tercera bendición de Balaam, que nos ofrece una descripción detallada de la belleza y el atractivo del campamento de Israel (Nm 24,6). La tenemos dividida en cuatro partes y bajo cuatro símbolos.

Su primera característica es que los israelitas se extendían como valles (*Biblia de las Américas*). Un valle siempre es hermoso de contemplar. Hay montañas a ambos lados y con la luz del sol resaltan toda clase de tonos verdosos. A pesar de que pueda haber agua, aquí queremos matizar la profundidad del valle, que a menudo supone un lugar de prueba y humillación en la Biblia. Es importante que queramos ocupar un lugar bajo. La palabra de Dios nos estimula a ser humildes, ya que quien se ensalza será humillado. Todo monte y colina serán allanados el día del juicio (Lc 3:5; cf Is 40:4).

Sigamos el ejemplo de Cristo. Él se humilló y se hizo obediente hasta la muerte y la muerte

en la cruz (Fil 2:8). Pablo dice: «Haya en vosotros los mismos sentimientos que en Cristo Jesús». La enseñanza del valle es la humildad.

El segundo rasgo distintivo del campamento de Israel es que se parecía a jardines junto a un río. Un jardín es un trozo de tierra cultivada. Para mantenerlo en perfecto estado, es necesario invertir mucho trabajo en él. Cuidarlo nos reporta mucha felicidad, más aún si está lleno de plantas y flores. Ni que decir tiene la ventaja que supone la suficiente agua para regarlo. Los jardines de esta parábola están junto al río, la corriente de Dios; Su arroyo baja lleno de agua (Sal 65:10). Su pueblo está plantado en las corrientes de la Palabra y del Espíritu, lo que lo convierte en un jardín irrigado que produce fruto para Dios (cf Is 58:11). ¿Hay esta fertilidad espiritual en nuestras vidas? ¿Brotan los frutos en la era del Espíritu? No podemos producir nuestro propio fruto, pero sí será posible dar abundante fruto cristiano si permanecemos en Cristo y reflejamos Su imagen (Jn 15:5).

La tercera característica de esta parábola es: «Como áloes plantados por el Señor». El áloe es una planta aromática. Así lo constatan todos los pasajes que la citan (Sal 45:9 y Cnt 4:14). Se la nombra siempre en relación con la

mirra. La mirra y el áloe son especias resinosas y fragantes, pero por otro lado tienen un sabor amargo. Esto último nos habla del sufrimiento de Cristo (Mt 2:11; Jn 12:3; 19:39). A veces oímos hablar de creyentes sometidos a dolorosas pruebas que esparcen esta fragancia (2Co 2:14-16). Los álces fueron plantados por el Señor, y esto es muy significativo desde este punto de vista. Su pueblo era un «plantío de Jehová, para gloria suya» (Is 61:3). Como cristianos somos obra de Dios, creados en Cristo Jesús para otro tipo de obras que nos dejó preparadas para andar en ellas (Ef 2:10).

Cuarta y última característica de la descripción facilitada por Balaam: «Como cedros junto a las aguas». El cedro es un árbol alto y majestuoso. El justo crecerá como el cedro del Líbano. Plantado en la casa de Jehová, aumentará de tamaño en los patios de su Dios (Sal 92:13-15). Salomón hizo traer muchos cedros del Líbano para la construcción del templo. Eran árboles apropiados para la magnífica casa que construía a Dios. Y esto nos habla de la dignidad que Él nos ha dado como hijos. Se nos permite crecer y florecer en Su presencia. Somos fortalecidos por el agua de la vida y nos sentimos renovados. El Espíritu nos hace cons-

cientes de nuestras prerrogativas sublimes, que como hijos de Dios ya poseemos. A nuestros corazones ha enviado el Espíritu de Su Hijo, el cual clama: «*Abbá*, Padre» (Ga 4:6-7). Por esta gracia que nos ha mostrado, debemos estarle eternamente agradecidos.

Después de ver estas cuatro comparaciones, la abundancia de agua sigue estando asociada con el futuro de Israel. El agua era, de hecho, el secreto de la bendición del pueblo, de su fertilidad y reproducción: «De sus cubos desborda agua, y su descendencia se extenderá como las aguas» (Nm 24:7a). El poder del pueblo se acrecentaría e Israel cargaría contra Amalec, su archienemigo nómada, y se sublevaría contra Agag, el rey de esta nación del desierto (Nm 24:7b; cf 24:20; Dt 25:17-19, 1S 15).

El poder de Dios volvió invencible a Israel, ellos triunfaron sobre sus enemigos y los destrozaron. Como león, se encorvaron para devorar a su presa (Nm 24:8-9). ¿Quién sería capaz de despertarlo? Tenemos expresiones similares en la segunda bendición de Balaam, y en la que Jacob da a Judá en el capítulo 49 de Génesis.

Las últimas palabras de Balaam: «Benditos los que te bendigan, y malditos los que te maldigan» (Nm 24:9b). Son el recuerdo de an-

teriores promesas que Dios dio a los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob (Gn 12:3; 27-29). Dichas promesas finalmente se cumplirán en Cristo, el Mesías de Israel.

Era de esperar la reacción de Balac a la tercera parábola. Estaba furioso y quería hacer regresar a Balaam sin recompensa al lugar del que vino. Pero el profeta no había terminado de decirlo todo, como veremos en el próximo capítulo. Mientras, vamos a retener en el corazón sus enseñanzas y la visión del Omnipotente ante nuestros ojos.

4. SALDRÁ ESTRELLA DE JACOB

Números 24:15-24

Mirar hacia el futuro

La anterior parábola de Balaam suscitó duras amenazas por parte de Balac, que veía que su aliado le había dejado en la estacada. Dijo a Balaam: «Te llamé para maldecir a mis enemigos, pero he aquí los has llenado de bendición estas tres veces. Ahora pues, huye a tu lugar. Yo dije que te colmaría de honores, pero mira, el Señor te ha privado de ellos» (Nm 24:10-11). La iniciativa de Balac resultó un lamentable fracaso, y su plan contra el pueblo de Dios sufrió un duro revés. Balaam, sin embargo, adujo

cada vez el hecho de que no podía transgredir el mandamiento del Señor: «... pero harás lo que yo te diga» (Nm 22:20, 35-38; 23:3; 12-26; 24:13).

Había bendecido al pueblo de Israel tres veces. Dios sencillamente no permitió que lo maldijera, y el profeta no pudo contrariar Sus órdenes (Nm 23:20). La primera parábola hacía hincapié en el hecho de que la nación de Israel era apartada para Dios, una nación santa. La segunda demostraba que eran un pueblo justificado, y la tercera que estaban bien organizados y se mantenían unidos.

Después de todas estas bendiciones, la paciencia de Balac se agotó y llegó el momento de despedir al adivino. No continuaron siendo amigos, pero en lo que respecta a Balaam, él no estaba muy convencido de que tuviera que regresar. El Espíritu de Dios seguía sobre él, puesto que añadió algo más a las bendiciones: «He aquí, yo me voy ahora a mi pueblo; por tanto, ven, te indicaré lo que este pueblo ha de hacer a tu pueblo en los postreros días» (Nm 24:14). Balaam miró el futuro de Israel y Moab, cuyas profecías se alargan en el tiempo, y habló de lo que Israel haría a los moabitas en «los tiempos del fin». Esta es una expresión que solemos en-

contrar en el Antiguo Testamento, entre otras, las bendiciones proféticas de Jacob, de un gran alcance. Sin embargo, sus promesas respecto a la venida del reino de paz todavía no se han cumplido (cf Gn 49:1).

En la cuarta parábola, Balaam profetizó sobre el futuro de los hijos de Israel y sus enemigos. Esta profecía no formaba parte de un plan distinto, sino que complementaba las otras parábolas. Aunque han pasado miles de años, el cumplimiento final está aún por llegar. Es razonable que como cristianos mostremos interés por las enseñanzas de las Escrituras proféticas. Forman el trasfondo de los eventos que Balaam describe. Pero los acontecimientos proféticos de los últimos días no tendrán lugar antes de la venida del Señor por la Iglesia. Nada se interpondrá en el camino a Su encuentro nupcial. Le esperamos para que nos lleve a la casa del Padre, con sus muchos aposentos. En la parábola de las diez vírgenes toda la atención recae en el esposo, no en la esposa. La persona del Señor debería ser de incalculable valor para el corazón: ¡Mirad al esposo! (Mt 25:6). Le amamos porque Él nos amó primero.

Los últimos tiempos, que guardan relación con lo que dice la parábola, son días de tribula-

ción para Jacob (Jer 30:7). Un período de gran angustia que precederá a la venida del Señor (Mt 24:21; Ap 7:14). Toda la gente sobre la tierra lo sufrirá, pero a Israel le resultará más difícil. El profeta Daniel habla de ello: «... y será tiempo de angustia, cual nunca lo hubo hasta entonces, desde que existen las naciones; pero en aquel tiempo serán salvados todos los que de tu pueblo se hallen escritos en el libro» (Dn 12:1). Los temerosos se salvarán, y todo Israel será salvo en la segunda venida del Salvador, que apartará de Jacob la impiedad (Ro 11:26). Y mirarán al que traspasaron (Zac 12:10).

La ciencia del Altísimo

Como en la tercera parábola, Balaam menciona con detalle, en relación con su profecía, sus privilegios como profeta (Nm 24:15-16; cf 24:3-4). Los versículos de estos capítulos son casi idénticos, excepto que aquí viene indicada una especial referencia: «... el que sabe la ciencia del Altísimo» (v 16). Balaam había recibido información de primera mano. También aparece un nombre de la divinidad que no hemos visto antes: *El Elion*. Este nombre se cita más en relación con el Antiguo Testamento, la pri-

mera vez en el capítulo 14 de Génesis. El Dios Altísimo es el Creador (y Regente) del cielo y la tierra (Gn 14:18, 19; 20-22). Vuelve a haber una conexión con los tiempos del fin, porque el encuentro de Abram con Melquisedec, rey de Salem, tiene un profundo significado profético. Melquisedec, rey de justicia y de paz, es una imagen de Cristo como el verdadero Rey y Sacerdote. En Su segunda venida, Él bendecirá al remanente del pueblo terrenal como Sacerdote del Dios Supremo (He 7; Sal 110:4). Entonces, para Israel y los pueblos, y toda la creación, comenzará un reinado de paz.

Hoy hay muchos gobernantes que pretenden ser señores y amos de la creación. El Dios Altísimo apenas es reconocido en el mundo que han hecho Sus manos. Pero no siempre será así. Hemos considerado la gran tribulación y sus plagas, que traerán mucho sufrimiento a la tierra. Cuando este tiempo haya pasado, comenzará el reino del Hijo del Hombre. Él reinará en justicia, y el resultado será la paz. Cristo arreglará las cosas y gobernará en el nombre de Dios Padre, quien lo ha sometido todo a Sus pies (Sal 8:7, 1Co 15:27). El Rey bendecirá a Su pueblo triunfante como lo hizo Melquisedec con Abram y su gente.

La función del nombre de Dios en Génesis 14 arroja luz sobre el significado de la profecía de Balaam.

Todo ojo le verá

Llegamos ahora a un versículo importante: «Lo veré, mas no ahora; lo miraré, mas no de cerca» (Nm 24:17a). A la persona que merece nuestra especial atención se la menciona a continuación como la Estrella de Jacob y el Cetro de Israel. Esto es una indicación de la venida del Mesías. En realidad, Balaam no tenía ninguna esperanza al respecto. Vivía para sí mismo, y como invocador de los espíritus había vendido su alma al diablo. Pero era consciente, vagamente, de que vería al Señor. Esto es algo que se cumplirá para cada persona, como demuestra el comienzo de Apocalipsis: «He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá» (Ap 1:7). Es el Señor Jesús, a quien todos verán. Incluso los incrédulos, pero ellos como al Juez.

Afortunadamente, hay héroes de la fe en las Escrituras que tenían mejores esperanzas que el hijo de Beor. Job es un buen ejemplo de ello: «Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo». Sabía que resucitaría y en su

carne vería a Dios: «Al cual veré por mí mismo, y mis ojos le verán, y no los de otro, aunque mi corazón desfallece dentro de mí» (cf 19:25-27). Sus palabras difunden una sólida confianza y una esperanza gozosa.

En el Nuevo Testamento es el apóstol Juan quien, como cristiano, nos ofrece la misma seguridad. En su primera epístola escribe sobre la venida del Señor, y añade: «Pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él porque le veremos tal como es» (1Jn 3:2). Y nosotros, ¿estamos esperándole, o carecemos como Balaam de una bendita esperanza?

La Estrella y el Cetro

No sabemos con exactitud lo que Balaam aprendió de sus parábolas, pero es muy probable que lo que profetizara fuese desacostumbradamente revelador: «Saldrá estrella de Jacob y se levantará cetro de Israel» (Nm 24:17b). La estrella y el cetro son símbolos de la realeza. El símbolo de la estrella es para quienes miran y esperan el nuevo amanecer. El cetro nos habla de la autoridad y el poder. Algunos de nosotros todavía recordamos la coronación de Isabel II. Durante la ceremonia solemne, la reina sostu-

vo el cetro en su diestra como prueba de su poder real.

Vemos estos dos iconos en diferentes partes de las Escrituras. A veces el énfasis recae solo en la estrella y no el cetro, pero resulta que en el fondo la idea de poder de gobierno está presente. La estrella es mencionada por primera vez en Mateo. Los Magos de Oriente preguntaron: «¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos? Hemos visto su estrella en el oriente y venimos a adorarle» (Mt 2:2).

La estrella guarda una relación directa con el reino del Mesías. ¡Estos sabios debieron nacer guardianes! La divisaron en el cielo nocturno y se dispusieron en camino. Llegaron tiempo después del nacimiento del Señor, porque tuvieron que recorrer un largo trecho, y cuando estuvieron en Jerusalén fueron a adorar al recién nacido rey de los judíos. ¿Qué sabían ellos al respecto? ¿Habían oído hablar de Balaam? ¿Conocían las escrituras hebreas? No está claro que así fuera, pero parecían sinceros y buscaban la verdad, la luz divina. La estrella que vieron en el este, en cualquier caso, condujo sus pasos hacia la ciudad del gran Rey y se detuvo sobre el lugar donde estaba el niño. Ellos le ofrecieron regalos y le adoraron.

Esta historia contiene una lección práctica para nosotros. Si deseamos sinceramente la luz y la sabiduría de arriba, Dios nos guiará y mostrará el camino. También tenemos las Escrituras a nuestra disposición. Confiémosle a Dios nuestros problemas. Él permanece fiel.

El siguiente versículo donde vemos la estrella y el cetro está en el primer capítulo de la Segunda Epístola de Pedro. El apóstol recuerda a sus lectores la transfiguración, que era en realidad un anticipo de la llegada del reino. El apóstol estuvo en el monte y se había llevado una profunda impresión de la dignidad regia del Señor. Escribió que se habían convertido en testigos oculares de Su gloriosa majestad (2P 1:16). ¡Qué regias suenan las palabras «gloriosa majestad»! Aquí tenemos la idea del cetro, el poder gobernante. A través de esta experiencia, Pedro fue capaz de ver las profecías del Antiguo Testamento, en lo relativo a la venida del reino cristiano, bajo una óptica diferente. Estaba absolutamente convencido de que todas las predicciones se harían realidad.

Vuelve a aparecer la estrella en esta sección. La transfiguración es para nosotros una clara confirmación de la verdad de la palabra profética. Esta brilla como una luz en un lugar os-

curo, «hasta que despunte el día y el lucero de la mañana alboree en el corazón» (2P 1:19). El día que amanece es el día del reino. La estrella de la mañana que saldrá con la luz del alba es la venida de Cristo por su Iglesia nupcial (cf Ap 2:28; 22:16-17). La aparición de la estrella es la garantía de que el día del Reino de paz ha de comenzar. Esta es la esperanza de los cristianos.

El tercer versículo que queremos citar en este contexto está en el último libro de la Biblia. Juan escribe al final del Apocalipsis: «Yo, Jesús... soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana» (22:16). En la primera parte de esta cita, el Señor Jesús se presenta como el Rey prometido del linaje davídico que tiene derecho al trono y al cetro. Él reinará en justicia. Además, dice que es la estrella resplandeciente de la mañana, y esto guarda toda relación con nuestra inmediata espera como cristianos. Aunque todavía sea de noche en el mundo, seguimos esperando como centinelas la llegada de esta Estrella matutina, que puede ser en cualquier momento. Él nos asegura en tres ocasiones: «He aquí, vengo pronto» (vv 22:7, 20).

Sucesos de los últimos tiempos

Además de este importante enfoque profético, debemos destacar un precumplimiento histórico de las palabras de Balaam. Ya en los días de Saúl y David, Israel gozaba de supremacía sobre otros pueblos. Moab fue sometido poderosamente al cetro que salió de Israel y los moabitas se convirtieron al final en súbditos tributarios de David (1S 14:47; 2S 8:2).

Balaam llamó aquí a Moab el primer enemigo que se sometería a Israel: «... Y se levantará cetro de Israel y herirá las sienas de Moab», y destruirá a todos los hijos revoltosos. Las *sienas* pueden ser una indicación de los límites del territorio de Moab. Los «hijos revoltosos» es sinónimo de los hijos de Set, no de otra tribu. Algunos piensan en *altivos* como significado. El profeta Jeremías llama a los moabitas «hijos de la refriega» (Jer 48:45). Luego viene Edom, que así como otras naciones circundantes se acabará sometiendo al dominador que saldrá de Jacob (Nm 24:18-19; cf 2S 8:13-14). Edom o Seír (las montañas de Edom) sería un territorio conquistado, una posesión para sus enemigos, los israelitas. Israel hará cosas poderosas, y Uno de Jacob gobernará tras dejar el resto de

las ciudades de Edom desoladas. En los tiempos del fin, Moab y Edom volverán a conjurarse como enemigos de los hijos de Israel (cf Sal 83:2-9). Sin embargo, hay una diferencia importante entre estos dos pueblos. El Señor favorecerá un giro del destino para Moab (Jer 48:47), mientras que Edom (Esaú) será cortado para siempre (Abd 10). Por lo visto, será anexionado por Israel. La profecía de Balaam de que Edom será un territorio conquistado se cumplirá.

Después elevó Balaam su parábola con relación a los amalecitas y los ceneos, dos pueblos nómadas con los que Israel tuvo que vérselas de camino a la Tierra Prometida. Amalec fue el primer enemigo en amenazar al pueblo (Ex 17:8-16), y es conocido aquí como una de las primeras naciones. Fueron unos extraordinarios adversarios que atacaron a Israel por sorpresa. Las Escrituras describen a Amalec como prototipo de los enemigos de los israelitas. Pero su poder es, de hecho, limitado: «Al fin perecerán para siempre» (Nm 24:20). El Señor borrará la memoria de los amalecitas de debajo del cielo (Ex 17:14; cf Dt 25:17-19; 1S 15:2-9; 30:1-25, 2S 8:12; 1Cr 4:43). Amalec desempeñará un nuevo papel en la alianza de los ene-

migos de Israel antes de que todo termine (Sal 83:8).

De los ceneos, Balaam dijo: «Fuerte es tu habitación; pon en la peña tu nido, porque el ceneo será echado» (Nm 24:21; 22a). Los ceneos eran un pueblo cananeo (Gn 15:19). Vivían en las montañas al sur del Mar Muerto y estaban emparentados con los madianitas y los amalecitas. Sin embargo, eran diferentes de estos y mantenían buenas relaciones con Israel y Judá (Jue 1:16; 4:11; 1S 15:6; 30:29).

A pesar de las fortalezas que tenían en las montañas y de sus refugios en las peñas, su residencia iba a ser quemada con fuego. En hebreo hay cierta equivalencia entre «ceneo», «nido» y «Caín». No pasó mucho tiempo —el vidente ve muchos siglos hacia el futuro— antes de que llegaran los asirios y se los llevaran cautivos (Nm 24:22b), como les sucedió a las diez tribus de Israel y a otras naciones de la región.

Asiria no suponía el fin de la historia del mundo, sino un probable mensajero que rivalizaba con las otras naciones. La última frase de Balaam lo confirma: «Tomó su parábola otra vez, y dijo: ¡ay!, ¿quién vivirá cuando haga Dios estas cosas?» (Nm 24:23). El lamento del profeta nos hace pensar en el inmenso sufri-

miento de la Gran Tribulación (Mt 24:15-28). Incluso entonces las personas serán avisadas: «¡Ay, ay, ay de los que moran en la tierra» (Ap 8:13). Este juicio es ineludible, pero por suerte los elegidos escaparán (Mt 24:22). Después de este tiempo terrible, Cristo aparecerá y establecerá Su reino.

La profecía de Balaam no termina con esta portentosa visión. Nombra a un último enemigo que será destruido: «Las naves vendrán de la costa de Quitim (Chipre) y afligirán a Asiria, afligirán a Heber; pero él también perecerá para siempre» (Nm 24:24). Asiria dejaría definitivamente su huella en la historia del mundo, y no tendría la última palabra. Sería suprimida por una nación de navegantes, conocidos en este contexto como *quenitas* (Quitim), nombrados en la larga lista de Génesis 10 (cf Ez 27:6).

Es impresionante que el libro de Daniel mencione las naves de Quitim, a los habitantes de las tierras costeras más allá del Mediterráneo (griegos primero, romanos después). Asiria fue la precursora y la representante del rey del norte, de quien habló este profeta (cap. 11). En el tiempo del fin, habrá un enfrentamiento entre esta potencia y los quenitas (Dn 11:30). Será el tiempo de la Gran tribulación y la abominación

desoladora, de la que también nos informa Daniel. El Imperio romano, al final de los tiempos, volverá a escena representando el reino de la bestia y hará una alianza con el falso mesías de los judíos. Si este mesías es amenazado por el rey del norte, Roma le ayudará para intimidar al enemigo.

Heber es una denominación que reciben los hebreos, ya que así se llamaban los bisnietos de Sem, sus predecesores (Gn 10:21; 11:10ss). El pueblo de Dios ha sido oprimido durante siglos por los griegos y los romanos, pero el poder del último imperio finalmente se quebrará. La piedra que destrozará la imagen de los imperios mundiales se convertirá en un monte grande que llenará toda la tierra (Dn 2). El reino del Hijo del Hombre no perecerá en la eternidad.

Conclusión: Jacob e Israel

En todas las parábolas de Balaam, el pueblo de Dios que quería maldecir Balac es llamado tanto Jacob como Israel. El comienzo de la primera parábola deja esto muy claro: «Ven —me dijo—, maldice por mí a Jacob; ven, deséale el mal a Israel» (Nm 23:7). Este paralelismo es de uso bastante común. Como sabemos, Jacob era

el nieto de Abraham. Con el tiempo, su pueblo recibió su nombre o el de Israel. También hay un importante paralelismo entre la vida de Jacob y la de este pueblo.

Todas las promesas que Dios hizo a Abraham eran la parte legítima de Jacob. Este pudo haberse ahorrado muchas molestias esperando pacientemente el tiempo que Dios tenía estipulado, pero Jacob no era así. Traicionó a su padre Isaac, que estaba casi ciego, para heredar la primogenitura que le correspondía a su hermano Esaú por ser el mayor. Luego tuvo que huir de él porque quería matarle, y vivió como exiliado más de veinte años en casa de Labán, el hermano de su madre. Su tío era tan inteligente como él, un duro maestro que le pagaba poco por su trabajo.

Labán tenía una hija menor llamada Raquel, y Jacob la amaba. Hicieron un pacto: él trabajaría siete años antes de casarse con ella. Cuando pasó el tiempo, su suegro le engañó y le dio a Lea por esposa. Entonces Jacob tuvo que trabajar otros siete años para conseguir a Raquel, y superar todo tipo de problemas en la vida.

En Peniel, donde se encontró con Dios, recibió otro nombre, que vemos repetido en Betel (Gn 32 y 35). Su nombre llegó a ser *Israel*, «el

que guerrea con Dios». Jacob aprendió la disciplina divina, pero también experimentó su cuidado. Al final de su vida pudo dar testimonio del hecho de que Dios le había estado guiando como pastor (Gn 48:15). Por fe, bendijo a su descendencia y adoró al final a Dios apoyado en la punta de su bastón (He 11:21).

En Jacob vemos la disciplina divina en la vida del creyente. Tal vez no veamos este tema como algo atractivo, ya que la palabra *castigo* tiene que ver en realidad con la educación de los hijos. La Epístola a los Hebreos dice también: «Es verdad que ninguna disciplina parece al presente ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que han sido ejercitados por ella» (He 12:11). En un instante de su vida, Jacob estaba tan triste que dijo: «Contra mí son todas estas cosas» (Gn 42:36).

Tal vez conozcas este sentimiento por propia experiencia, pero como creyentes no podemos hablar así porque sabemos que Dios se muestra a nuestro favor y hace que todas las cosas salgan bien para los que le aman (Ro 8:28).

Hay varios sucesos en la vida de Jacob que muestran una gran coincidencia con la existencia de Israel. Pensad, por ejemplo, en el mo-

mento del cautiverio de los israelitas como extranjeros lejos de su tierra prometida (Judá, en 588 a. C., tras la deportación a Babilonia, y nuevamente en el año 70 de nuestra era, después de la destrucción de Jerusalén). Han pasado muchos siglos desde entonces y todo ha cambiado. Como sabemos, el estado de Israel fue fundado en 1948, pero la situación allí sigue siendo inestable. Cuando venga el Señor eso cambiará y el cautiverio terminará.

Que las bendiciones proféticas de Balaam nos ayuden en este sentido y nos animen en estos tiempos.

APÉNDICE: BALAAM EN LA BIBLIA

Citas del Antiguo Testamento

Números 22-24

Ver el texto completo de estos tres capítulos.

Números 31:8; 15-16

«Mataron también, entre los muertos de ellos, a los reyes de Madián, Eví, Requem, Zur, Hur y Reba, cinco reyes de Madián; también a Balaam hijo de Beor mataron a espada... y les dijo Moisés: ¿Por qué habéis dejado con vida a todas las mujeres? He aquí, por consejo de Balaam ellas fueron causa de que los hijos de Israel prevaricasen contra Jehová en lo tocante a Baal-peor, por lo que hubo mortandad en la congregación de Jehová».

Deuteronomio 23:4-6

«Por cuanto no os salieron a recibir con pan y agua al camino, cuando salisteis de Egipto, y porque alquilaron contra ti a Balaam hijo de Beor, de Petor en Mesopotamia, para maldecirte. Mas no quiso Jehová tu Dios oír a Balaam; y Jehová tu Dios te convirtió la maldición en bendición, porque Jehová tu Dios te amaba. No procurarás la paz de ellos ni su bien en todos los días para siempre.»

Josué 13:22; 24:9-10

«También mataron a espada los hijos de Israel a Balaam el adivino, hijo de Beor, entre los demás que mataron... Después se levantó Balac hijo de Zipor, rey de los moabitas, y peleó contra Israel; y envió a llamar a Balaam, hijo de Beor, para que os maldijese. Mas yo no quise escuchar a Balaam, por lo cual os bendijo repetidamente, y os libré de sus manos.»

Nehemías 13:1-2

«Aquel día se leyó en el libro de Moisés, oyéndolo el pueblo, y fue hallado escrito en él que los amonitas y moabitas no debían entrar

jamás en la congregación de Dios por cuanto no salieron a recibir a los hijos de Israel con pan y agua, sino que dieron dinero a Balaam para que los maldijera; mas nuestro Dios volvió la maldición en bendición.»

Miqueas 6:5

«Pueblo mío, acuérdate ahora qué maquinaba Balac rey de Moab, y qué le respondió Balaam hijo de Beor, desde Sitim hasta Gilgal, para que conozcas las justicias de Jehová.»

* * *

Citas del Nuevo Testamento

2 Pedro 2:15-16

«Han dejado el camino recto, y se han extraviado siguiendo el camino de Balaam hijo de Beor, el cual amó el pago de la iniquidad, y fue reprendido por su transgresión; pues una muda bestia de carga, hablando con voz de hombre, refrenó la locura del profeta.»

Judas 11

«¡Ay de ellos!, porque han seguido el camino de Caín, y se lanzaron por lucro al error de Balaam, y perecieron en la rebelión de Coré.»

Apocalipsis 2:14

«Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación.»